

11-II-1973

REFLEXIONES EN EL CENTENARIO DE HOY

HOY, 11 de febrero, se cumplen cien años de la proclamación de la I República Española. El hecho se presta a un comentario que, trascendiendo la estricta historia, nos dé una lección de permanente actualidad.

En primer término, nos parece oportuno recordar las causas de aquella República, estrella que se levantó en el horizonte con el derrocamiento de Isabel II y que se impuso cuando abdicó Amadeo de Saboya. Cayó la Monarquía de Isabel porque en lugar de abrirse a las fuerzas nuevas de la nación, se fue estrechando gradualmente hasta reducirse a una camarilla sin el menor contacto con el país. Cayó la Monarquía de don Amadeo porque su falta de raíces en nuestra tierra la hacían muy difícilmente viable en todo caso e imposible después del asesinato de Prim: el único estadista que habría podido consolidar alrededor del improvisado monarca un consenso político como el que Cánovas conseguiría más tarde en torno a Alfonso XII. En consecuencia, la República fue proclamada en un acto formalmente ilegal (según la Constitución, al abdicar el rey las Cortes deberían automáticamente haberse disuelto) y, paradójicamente, por el voto de unas Cámaras mayoritariamente monárquicas, pero que ya no tenían príncipe a quien recurrir.

Lo que la I República demostró (y su lección la repetiría la segunda) fue la pavorosa incapacidad para el gobierno de unos equipos aureolados por muchos años de oposición, durante los cuales nada aprendieron, como no fuese a echar abajo en once meses todo su prestigio, concentrando en tan breve período "todos los desastres, todas las ignominias, todas las vergüenzas esparcidas en la historia de España en el transcurso de muchos siglos", como años después se pudo echar en cara a Pi y Margall. Si la Monarquía había caído por el exclusivismo, parecía lógico que la República replicase llamando a la efectiva cooperación nacional, que, además, hacían inexcusables sus orígenes; y, efectivamente, por ahí empezó. Dos meses bastaron para que los republicanos se cansaran y levantasen la bandera del exclusivismo, que muchos años después volverían a tremolar, con el mismo catastrófico resultado: "la República, para los republicanos".

El panorama fue, a grandes rasgos, el siguiente: una masa crecientemente radicalizada, aplicando su ímpetu a la fórmula federal hasta llevarla a los extremos tragicómicos del cantonalismo; cuando Jumilla se declaraba independiente y enseñaba los dientes a "la nación murciana, su vecina", amenazándola si la atacaba con "llegar, en sus justísimos desquites, hasta Murcia, y no dejar de Murcia piedra sobre piedra"; y toda España, durante aquellos meses, era Jumilla. En medio, unas Cortes convertidas en Convención demagógica e inoperante, y arriba, la debilidad de los tres primeros presidentes, tan parecidos en su conducta, que bien puede aplicarse conjuntamente la afirmación de que "cayó el Gobierno de España en manos de Cicerón cuando España más necesitaba a César". Se le aplica el socialista Ramos Oliveira a aquella primera (subrayamos: primera) "República de profesores", que en nombre de los principios estuvo a punto de dejar que pereciera la nación.

El cuarto presidente fue la excepción; pero Castelar no pudo llevar la República a puerto porque la incorregible tripulación se le amotinó cuando más la necesitaba en su generoso intento de enderezar el régimen, a fin de que en él cupiesen todos los españoles. Fracaso, repetimos, a manos de quienes no se resignaban a que otros compartiesen lo que consideraban como patrimonio exclusivo, aunque, además, fuesen notoriamente incapaces de administrarlo. Pasó lo que tenía que pasar y el propio Castelar había previsto cuando anunció que si a un pueblo se le obliga a elegir entre la anarquía y la dictadura, acabará eligiendo la segunda.

¿NECESITAREMOS exhumar aquellos textos del gran tribuno, que nuestros abuelos se aprendían de memoria, sobre el caos de aquellos once meses? Perdimos la oportunidad de incorporarnos a la revolución industrial de los otros países europeos que, simultáneamente y sin estridencias, estaban resolviendo el problema de la convivencia política que entre nosotros, por el contrario, se exacerbaba día a día. Era inevitable, y esperado, repetimos, que Pavia pusiera fin a aquel espectáculo delirante; lo inesperado fue que el general llamado a asumir la dictadura, según la predicción de Castelar, no lo hiciera; pero la República conservadora que quiso patrocinar llegaba demasiado tarde para ser más que un alto en el camino hacia la restauración de una Monarquía que previsoramente se presentaba como la conciliadora de los españoles en un régimen abierto a todos ellos.

Lo fue en la medida de lo posible y por eso se mantuvo mientras pudo verse en ella la posibilidad de la evolución democrática que la República no había podido garantizar, hasta que, a su vez, su incapacidad para proseguir esa evolución la hizo también caer. Su lección, pero antes la lección de la I República, fue que no perecen los regímenes por los ataques de fuera, sino porque ellos mismos se vacían por dentro, en nombre de una fidelidad, que es sólo estrechez e inmovilismo, a sus principios. La falta del mínimo sentido de la realidad en los gobernantes de la I República supera lo imaginable; pero puede compararle su toriedad de miras. El exclusivismo de la Monarquía trajo la República; su propio exclusivismo se la llevó. Y cualquier rememoración que se haga sobre otros supuestos podrá ser muy brillante desde el punto de vista de la ficción política, pero tendrá muy poca que ver con esa austera maestra que se llama historia.